

Claire-Louise Bennett
ESTANQUE

Traducción de Laura Wittner



ETERNA CADENCIA
EDITORIA

ESTANQUE

CLAIRE-LOUISE BENNETT

Traducción de Laura Wittner

Bennett, Claire-Louise
Estanque / Claire-Louise Bennett. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2016.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Laura Wittner.
ISBN 978-987-712-113-1

1. Narrativa Inglesa. 2. Relatos. I. Wittner, Laura, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *Pond*
Copyright © Claire-Louise Bennett 2015
© 2016, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.
© 2016, Laura Wittner, de la traducción

Primera edición: noviembre de 2016
Primera edición digital: noviembre de 2016

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com.ar

ISBN 978-987-712-113-1

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o

electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares
del copyright



Claire-Louise Bennett

ESTANQUE

Una de las voces más singulares de la literatura inglesa, en un primer libro de ficción tan perturbador como aclamado.

“Lo que hace avanzar al lector es la sensación que transmite de un entramado psicológico en tiempo real: el lector experimenta el mundo de la narradora al mismo ritmo que ella (...). Al igual que Lydia Davis, Bennett toma un estado de ánimo estrechamente asociado a la locura y lo coloca en entornos que son totalmente domésticos, mundanos. El resultado es ferviente y terrible”.

The New Yorker

“Esencialmente, es el relato de una mente que vive en soledad. Que intenta comprometerse con el universo en su plenitud y no solo con la pequeña parte que identificamos como humana”.

The Paris Review

“La prosa de Bennett -apasionada, adictivamente obsesiva-compulsiva, un poco salvaje- es de otra galaxia, o tal vez de otro siglo”.

Vogue

“Un debut afilado, divertido y excéntrico, es uno de esos libros tan raros y vívidos que hacen que tu propia vida se sienta extrañamente remota”.

The New York Times

Porque ahora en cada estallido de alegría se oye un trasfondo de terror, o bien un nostálgico lamento por una pérdida irreparable. Es como si [...] un rasgo sentimental de la naturaleza estuviera sollozando por su fragmentación, su descomposición en distintos individuos.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El origen de la tragedia*

¿Será que cualquier departamento, cualquiera de ellos, podría finalmente convertirse en una madriguera? ¿Acaso algún lugar finalmente me acogerá en su luz bondadosa, tenue, cálida y reconfortante?

NATALIA GINZBURG, *Un lugar donde vivir*

Los lobos acaparazonados son más crueles que los lobos errantes.

GASTON BACHELARD, *La poética del espacio*

VIAJE EN LA OSCURIDAD

Ante todo, nos parecía que eras muy buenmozo. Y las ventanas del frente de tu casa estaban perfectamente ubicadas para exhibir un reflejo llameante al atardecer. Una vez cuando volvíamos del campo el efecto fue tan dramático que creímos que las habitaciones se estaban incendiando. Nada nos gustaba más que rastrillar la grava tintineante de la entrada de tu casa, después trepar a un árbol impecable de los que bordeaban el sendero y esperar. Escuchábamos el ruido del motor en el valle, seguido de un silencio excitante dentro del cual balanceábamos las botas e imaginábamos el apretón de cuero de tus manos sobre el volante, izquierda y derecha. Ah, pero sólo éramos niñas, niñas, justo en el umbral de la individuación femenina, niñas pequeñas no por mucho tiempo más. Las otras dos se demoraron junto al arroyo con un aro y dos palitos mientras yo me trepaba a la pared y me metía en tu jardín ornamental, me recostaba sobre el pasto inviable y me quedaba dormida abrazada a una caracola lila, que por supuesto era mi bien más preciado.

MAÑANA, MEDIODÍA Y NOCHE

A veces una banana va bien con el café. No tiene que estar demasiado madura - de hecho debería haber un claro resto de verde a lo largo del tallo; si no, olvídenlo. Aunque es cierto que es más fácil decirlo que hacerlo. Las manzanas pueden olvidarse, pero las bananas no; la verdad que no. De hecho no se toman para nada bien que se las olvide. Se marchitan, huelen a podrido y se ponen casi negras.

Unas galletas de avena acompañan bien, de las gruesas. Las galletas de avena gruesas combinan especialmente bien con la banana, ya que estamos - y ya que estamos, la banana podría enfriarse un poco. Esto puede suceder, por supuesto, en la heladera durante la noche, dependiendo de cuán profético y resuelto sea uno en relación a sus vituallas matinales, o puede ser, y de hecho es mucho más deseable, que la ventana tenga un alféizar lindo y fresco donde siempre se ponga un bol especial para las frutas.

Un alféizar ancho, espléndido, sin revestimiento de madera, sólo piedra enyesada, linda y fresca: el lugar perfecto para un bol. Incluso varios, varios bols. El alféizar es tan grande que entran tres bols de buen tamaño sin que luzca para nada recargado. Así que es muy agradable vaciar las alforjas y acomodar todo con cuidado en los bols sobre el alféizar. La berenjena, la calabaza, los espárragos y los tomatitos en rama quedan súper elegantes todos juntos y no sorprendería para nada que alguien sintiera el súbito impulso, en cualquier momento del día, de sentarse a intentar, con pincel y paleta, transmitir la exótica pátina de tan incontenible reunión de vegetales ilustres, ahí sobre el alféizar lindo y fresco.

Las peras no son fáciles de combinar. Las peras deberían ser siempre pequeñas y estar dispuestas una contra otra en un bol para ellas solas y tal vez muy de vez en cuando incorporarse a un racimo de grosellas fresquísimas, que no habría que apoyar como un manto sobre la panza pecosa de la pera de arriba de todo, sino esparcir un poco más abajo de manera que algunas de las bayas escarlatas cuelguen y se deleiten entre los espacios que se van formando.

Por cierto las bananas y las galletas de avena son un sustituto muy satisfactorio para esas mañanas en que de golpe pasa el momento del *porridge*. Si se escuchó hablar a un vecino o ya se doblaron las toallas el día está muy avanzado y el *porridge*, a esa altura, se sentirá vertical y opresivo, como un alimento del inframundo. Por lo tanto, es muy probable que un muñón de resentimiento hundido empiece a reavivarse con el primer bocado y probablemente rija, silencioso, el día entero. Hasta que por fin hacia las cuatro de la tarde pase a estar injusta pero inevitablemente ligado a alguien cercano, o más bien a un aspecto en particular de su conducta, un aspecto siempre irritante que puede aislarse y ampliarse sin dificultad y por lo tanto señalarse como la causa principal de esta premonitoria sensación de resentimiento, que ha estado incrementándose, inexplicablemente, todo el día, desde aquel primer bocado de *porridge*.

Algún tipo de mermelada negra en el medio del *porridge* va muy bien, de hecho es muy vistosa. Y después unas almendras fileteadas. Pero cuidado, mucho cuidado con las almendras fileteadas; no son en absoluto aptas para los lúgubres o los pusilánimes y no se deben arrojar como papel picado. Por el contrario, las almendras fileteadas no deberían tocarse entre sí y hay que disponerlas de manera sencilla, como al costado de una pavlova, y de esa forma son muy lindas y totalmente inocuas. Pero sacudan un puñado de almendras fileteadas y verán que se parecen mucho a uñas desprendidas de una mano que acaba de ver la luz.

¡Mermelada negra y uñas blanqueadas hundiéndose de a poco en el estofado rezumante! Últimamente, de mañana, Ravel, varias veces seguidas, ha sido en verdad un muy lindo acompañamiento. Y así es cómo, por ahora, con pequeñas variaciones, comienza el día.

Mis propias uñas por cierto están muy bien, la verdad que no sé si alguna vez estuvieron mejor. Si insisten les cuento que me las pinté en la cocina el miércoles pasado después del almuerzo, y el tono con el que me las pinté, ahí mismo en la cocina, se llama Niebla de montaña. Que es un muy buen nombre; resultó ser un nombre muy apropiado. Porque miren, el color natural de mi uña, tanto la parte blanca como la parte rosa, se sigue viendo apenas por debajo del esmalte, no está del todo tapado. Y a medida que pasa el tiempo el esmalte no se descascara, solamente va como gastándose en los bordes, entonces ahora, además de la parte blanca y la parte rosa, también se ve con claridad la suciedad debajo de las puntas. Ahí, a través de la niebla, que por supuesto es color brezo, puedo verme el polvo de carbón debajo de las uñas. Cuando no tengo las uñas pintadas toda esa tierra no produce ningún efecto más allá de hacérmelas lucir sucias y descuidadas, pero bajo el brillo debilitado de la Niebla de montaña se me ocurre otra cosa cuando observo mis manos. Parecen las manos de alguien muy encantador y fino, que han tenido que cavar para salir de algún sitio horrible, frío y húmedo donde nunca deberían haber caído. Y eso me divierte, me divierte en serio.

De hecho no sería del todo injustificado sugerir que podría, en rasgos generales, tener el aspecto y en ocasiones irradiar la actitud de alguien que cultiva cosas. Es decir, podría, de vez en cuando, ser considerada terrena en su acepción más estrecha. Sin embargo lo cierto es que he propagado muy poco y poseo sólo una curiosidad cortés por los empeños hortícolas. No niego que en una maceta junto a mi puerta crece un perejil de color verde intenso pero yo no planté las semillas, para nada: simplemente lo compré

ya crecido en un supermercado cercano, saqué la planta de su envase de plástico y metí su red compacta de raíces y tierra aquí, en la maceta junto a la puerta.

Antes de eso, hace algunos años, cuando vivía cerca del canal, veía claramente desde la ventana de mi dormitorio un terrenito de lo más idílico, rodeado por los jardines traseros de las casas de la manzana, lo que lo volvía aislado y tentador. Parecía imposible llegar a ese jardín pero un día temprano perseguí a un gato que me llevó directo hasta ahí, tras lo cual se escabulló en el acto y me dejó acunando y plegando un chochín torturado. El pájaro había cantado encima de mi cabeza durante varias semanas al rayo del sol mientras yo escribía cartas por la mañana, así que fue lógico que pegara un grito cuando lo vi mudo y desfigurado sobre el musgo debajo del ligustro. Me enojé tanto que quise poner al gato en una sartén caliente y chamuscarle esa cola nauseabunda en una explosión de aceite. Te voy a freír, mierdita. Pero bueno. Estaba en ese jardín que no era de nadie o donde nadie mandaba y ahora que había ido una vez podría volver a ir, seguramente. Al menos así funcionaba cuando yo era chica, y no creo que esas cosas cambien mucho.

Hice indagaciones solapadas como las que hacen los chicos pero lamentablemente al contrario de lo pasa con los chicos me escucharon con demasiada atención así que enseguida concebí un motivo honesto para querer saber quién era el dueño del terreno y si me permitía ir de vez en cuando. Seguro que sería un lugar excelente para cultivar cosas, dije, y a pesar de no haber demostrado jamás entusiasmo alguno por la jardinería y a pesar de que declaré mi interés con bastante vaguedad mi propuesta fue tomada en serio y como resultó que el terreno era propiedad de la Iglesia Católica me indicaron una casa grande en la esquina donde residía el propio párroco. Esta situación no me la vi venir, para ser franca no tenía intenciones demasiado firmes. Creo que sólo me gustó la idea de tener un lugar apartado adonde ir a pasar un rato, un jardín secreto, si se

quiere. Y no debería haber dicho una sola palabra porque como de costumbre en el instante en que lo hice todo se volvió deforme y para nada lo que tenía en mente, y sin embargo había algo tan extraño y absurdo en la manera en que iba pasando todo que no pude evitar seguir adelante.

Por suerte fue somero y no mencionó nada respecto de Dios, aunque pronunció la palabra generosidad con bastante énfasis, pero yo ni parpadeé. Dónde vives, dijo. Ahí en esa casa, dije, y señalé por la ventana una casa de enfrente. No miró en la dirección que marcaba mi dedo, le fue suficiente que pudiera quedarme donde estaba y al mismo tiempo señalar mi casa, de manera que aceptó. No recuerdo el interior de la casa del cura. Creo que el empapelado del pasillo puede haber sido verde salvia. Tal vez no pasé del pasillo. Tal vez me quedé parada en la puerta mirando el pasillo. Y después hacia abajo, al escalón de plástico. Sí, creo que tenía zapatillas, de hecho.

Despejar una porción decente de terreno y dejarla lista para plantar papas fue una tarea dura y monótona sumado a lo cual el comienzo de la primavera tiende a ser bastante húmedo en esta zona y en efecto así fue aquel año. No comprendo del todo qué me llevó a extirpar toda esa maleza encrespada día tras día en el calor prematuro. Por momentos paraba y me quedaba muy quieta, preguntándome qué clase de ilusiones se había hecho mi mente, pero en general no podía recordarlo. Sin embargo, a pesar de mi propia confusión, por primera vez en mi vida adulta los otros sabían exactamente qué estaba haciendo. Para ellos era claro como el agua. Había vuelto con las herramientas y las había apoyado contra la pared de la casa y había entrado a lavarme las manos y sería evidente para cualquiera que me viera qué había estado haciendo ese día. Creo que durante aquel período la gente fue, a pesar de dos o tres incidentes específicos, notablemente más agradable conmigo.

Como en la mayoría de las áreas mensurables de la vida, no demostré ningún tipo de ambición en tanto horticult-

tora y elegí solamente cultivos de bajo mantenimiento. Papas, espinaca y habas. Eso fue todo. Eso me bastó. La gente me decía lo fácil que era plantar zapallitos, calabazas, zapallos, zanahorias, pero en realidad nada había cambiado: no es que de golpe me hubiera convertido en jardinera - y me molestaba que me hablaran como si así fuera. Las plantas estaban creciendo lo más bien cuando recibí una invitación para ir a una universidad muy ilustre al otro lado del charco a hablar sobre un tema en el que de verdad estaba muy interesada; aunque no necesariamente de modo meritorio. Es decir que mi interés era demasiado personal y no académico en un sentido estricto, de manera que mi metodología sonaba nostálgica y mi perspectiva bastante cándida porque desconocía los marcos teóricos habituales que de todas formas me resultaban incomprensibles y en cambio entresacaba al azar de toda la historia de la literatura occidental con el objetivo de fortalecer mi argumento, que ahora no puedo recordar. Era algo en relación al amor. Sobre la brutalidad esencial del amor. Sobre esas almas adventicias que buscan deliberadamente el amor como agente primordial de la autoinmolación absoluta. Sí, así es. Trataba de demostrar que en toda la historia de la literatura es muy común que el amor sea descrito como un proceso envolvente de sufrimiento extático que por fin, misericordiosamente, nos anula y nos conduce hacia el olvido. Desmembrados y despachados. Algo así. Algo por el estilo. Estoy loca por ti. Estoy fuera de mí. Mi corazón está en llamas. Ardo. Ya no hay nada más que tú. Perdida, totalmente perdida. Ese tipo de cosas. Creo que no cayó muy bien.

De hecho creo que lo consideraron muy poco sofisticado y recuerdo haberme sentido, pese a mi nuevo vestido de florcitas, súbitamente sombría, prácticamente gótica. En verdad, ahora que me pongo a pensarlo, creo que el punto central de mi razonamiento era sencillamente que el amor es en efecto una desintegración brutal y divina de la individualidad y que las representaciones artísticas que así lo entienden no son para nada infrecuentes o extravagantes y no

tienen nada pero nada que ver con un intento de escandalizar al público. Resulta que la obra del dramaturgo que la conferencia supuestamente se dedicaba a repasar tenía una tremenda cantidad de violencia y en líneas generales dicha violencia había sido hasta el momento interpretada como una estrategia dramática concebida para escandalizar, cosa que de verdad yo no podría terminar de aceptar porque ¿qué puede tener de escandaloso la violencia? Como sea, debo confesar que con el objeto de establecer un lenguaje amoroso perenne que diera cuenta de la abominable emancipación que se produce a falta de otra hice en efecto referencia no sólo a Safo, Séneca, Novalis, Roland Barthes, Denis de Rougement y el historiador holandés Johan Huizinga sino que también incluí letras de PJ Harvey y Nick Cave, con la intención un poco inapropiada de demostrar que la cosa nunca se detiene. Que el deseo de deshacerse irrevocablemente siempre será tan fuerte como el impulso de establecerse, si no más fuerte. *As deep as ink and black, black as the deepest sea.*

Después, cuando la gente se paseaba en pequeños grupos y asentía, y yo consideraba de cuál de las varias salidas iba a hacer uso inmediato, uno de los peces gordos de la academia se me acercó a comentar mi trabajo. Por cierto esto pasó hace varios años - y no sé del todo por qué lo estoy contando acá dado que no me deja muy bien parada - como sea, no recuerdo con exactitud qué me dijo, pero fue tremendamente condescendiente y sí recuerdo con mucha pero mucha claridad haber pensado por qué no te caes. Por qué no te enredas en esos cables cerca de la pantalla de adelante cuando estás saliendo y por qué no te das la cabeza contra una punta bien filosa del escritorio donde me senté para leer esa epístola, oh, tan encantadora y te abres apenas la cabeza como para que te salga un poco de sangre. Nada más un hilito de sangre para que parezcas no herido, sólo estúpido y un poco dubitativo. Muchas gracias, dije. Y de pronto mi espalda se puso tan fría que deduje que el exterior debía estar justo ahí detrás; me di vuel-